

Discurso pronunciado por Camilo Rivera el 23/12*/2011 en ocasión de la celebración de los diez años de la promoción 2001

遺産がする

Saludos, hombres y mujeres de la promoción 2000/1. Es un gusto verlos acá, a mi lado, tan lindos como siempre. Les confieso que ignoro las razones por las que me encomendaron la tarea de dar estas palabras. No creo ser de lo más representativo del grupo, sé que hay personas más adecuadas. Como sea, espero estar a la altura de sus más ebrias y locas expectativas.

Veo muchas caras conocidas, otras no tanto. Me traen muchos recuerdos, algunos gratos, otros amargos, anécdotas de amor adolescente, de traiciones, de amistad inquebrantable, de rivalidades y camaradería que podrían hacer una linda Juvenilia, o por lo menos una más divertida que la de Cané, que no la ponía nunca.

Sin embargo el pasado no va a ser el centro de mis palabras, así como tampoco lo va a ser la celebración de una supuesta cuestión común, propia de todos, que nos constituye y diferencia del resto. Tenemos orígenes muy distintos, derroteros y trayectorias muy diversas como para que la revelación de ese *ontos* común resista el menor análisis.

Aliviado de esta búsqueda imposible, no me queda sino hablar de aquellos a quienes quiero, de aquellos que me alegran, que por suerte son muchos de los presentes. De esos que me traen gozo: los que ejercen su profesión más allá de los límites normales, convencidos de que su esfuerzo contribuye a mejorar el país en el que viven. Aquellos que no se conforman con la rutina y buscan o crean espacios alternativos en el arte, en la política y el arte de la política. Aquellos que están dispuestos a jugarse la piel en una parada brava, que están a la altura de las circunstancias en las que eligieron estar. Esos que incluyen en su vida la angustiada búsqueda de la transformación y no abandonan esa bandera en la primera de cambio. A todos ustedes les van estas palabras. Todos ustedes son a quienes quiero.

Crecimos y nos formamos en una sociedad en descomposición, donde primaba el sálvese quien pueda, el hacé la tuya, lo más conveniente para vos y que los demás se jodan, total si no cojés, te cojen. Somos la generación del 2001, del país que fracaso en toda su extensión, de la debacle total. Y sin embargo muchos elegimos alzar la bandera de la esperanza y con ella la de la lucha.

Tan solo de mi división partieron más de cinco cuadros que formaron parte de la política universitaria. Y hay doce divisiones en el colegio. 14 bis, en Acto, Prisma y otras agrupaciones ya constituidas se nutrieron con nuestra voluntad, con nuestra búsqueda.

Mati, tu discurso en el 2000, en la entrega de diplomas estaba lleno de esperanza. Nos habían sacado la vuelta olímpica, nos sancionaban por besar chicas en los pasillos, nos habían negado el carnaval, la insurrección y mientras el país se prendía fuego. Y sin embargo vos elegiste palabras de esperanza. ¡No es casualidad tanta tozudez!

No creo en las casualidades. Me alegra pensar, en cambio, que respondías a un espíritu, a una voluntad inquebrantable que todavía late en los cimientos del colegio. Una impronta, una marca que nada tiene que ver con la excelencia académica o con la misión institucional sino que se conecta con la poderosa voluntad de los que nos precedieron. De aquellos de los que no se hablaba en nuestra época, de esos que no figuran en el cuadro de alumnos ilustres. De ellos, que sin embargo con su fuerza moldearon las paredes del colegio con el poder del más grande arquitecto.

Su voluntad, infinita, todavía retruena en los pasillos. Su espíritu se eleva de las placas de metal del claustro central y vela las armas en las aulas. El olor de su sangre derramada invade nuestra sien, interpela y marca a fuego a muchos de nosotros.

Me alegra verlos, amigos, me alegra poder compartir esa marca. Sería más difícil hacerlo en soledad.

No ignoro que cada vez somos menos. La edad y la fortuna hacen muy fácil el abandonarse a si mismo en las mieles del mundo gregario, olvidando nuestra voluntad de poder. No obstante hoy, acá, hay más de nosotros que en cualquier otro grupo humano y esto tiene que ver con la educación que recibimos en esos claustros.

No es casualidad que el destino se encargue de cruzarnos. En la rosca sindical, en las internas partidarias, en los ministerios, en el poder judicial, siempre que hay un grupo de cuadros jóvenes que sobresale reconozco a alguno de ustedes.

Y ese reconocimiento me alegra más allá del lugar donde se dé. Algunos desde la trinchera, otros en la cocina del poder. Algunos dentro del proyecto nacional y popular, otros por fuera, sea desde el radicalismo, el progresismo no peronista o incluso desde el siempre divertido trotskysmo. Todos me traen alegría al encontrarlos, incluso en la vereda de enfrente.

Y esto es porque sé que tengo y tendré compañeros y rivales dignos, éticos, honestos y comprometidos, que portan la marca de una voluntad heredada.

A todos ustedes, entonces, mis palabras.

A todos ustedes, la fiesta.